



López-Ríos, Santiago. *Hacia la mejor España. Los escritos de Américo Castro sobre educación y universidad*, prólogo de Juan Goytisolo, Barcelona, Fundación Xavier Zubiri y Edicions Bellaterra, 2015, 547 pp.

Reunir y analizar por primera vez los escritos sobre educación y universidad de Américo Castro es un gran acierto de Santiago López-Ríos, que los ha editado cuidadosamente, precedidos de un estudio muy interesante y con un prólogo, directo y refrescante por carecer de la cautela habitual en el ámbito académico, de Juan Goytisolo. El libro rescata textos dispersos y olvidados, añade incluso algunos otros no firmados por Castro –entrevistas, conferencias, reseñas–, y facilita, en consecuencia, la consideración ordenada y completa de una parte esencial de la dedicación de quien fue uno de los intelectuales españoles más relevantes de su tiempo, además de catedrático de Historia de la Lengua Española en la Facultad de Filosofía y Letras madrileña y miembro destacado del Centro de Estudios Históricos hasta la ruptura que supuso la Guerra Civil.

El profesor López-Ríos proporciona además instrumentos adicionales muy útiles para la comprensión de los artículos mediante una anotación muy precisa, que ensancha notablemente el marco de referencias y de interpretación. Resultan especialmente atractivas, en este sentido, la riqueza y la variedad de las fuentes citadas así como la finura con la que se tratan, desde la letrilla, recogida por Marichal, que cantaban los alumnos de Castro, a la anécdota sobre la excelente calidad de su inglés, que refiere Jaime Salinas, y, por supuesto, la muy bien seleccionada documentación de diversos archivos españoles y norteamericanos.

El principal interés de la recopilación de artículos y ensayos, demasiado eclipsados por sus obras científicas de mayor envergadura y las consiguientes polémicas, es, como advierte oportunamente el propio López-Ríos, que ayuda a entender mejor la forja intelectual del autor, su relación con el horizonte de Francisco Giner y de la Institución Libre de Enseñanza y con otros autores de la generación del 14, sus ideales y sus compromisos como profesor universitario, y también “su sorprendente visión de futuro, la coherencia de sus decisiones, su rigor en el análisis y su estricto sentido del deber y la responsabilidad, siempre asociado a principios éticos irrenunciables”. Y a todo esto se añade otra cualidad valiosa, igualmente señalada por Santiago López-Ríos: el “incuestionable valor literario” de los textos seleccionados de Castro, “en los que la queja del inconformista fluye con una vehemencia arrolladora de personalidad y estilo inconfundibles”. Vehemencia y estilo que alientan, en efecto, en los escritos incluidos en *Hacia la mejor España*, y responden con fidelidad a sus modos de pensar y de decir, escasamente acomodaticios, incapaces de acallar o disimular sus sesgos más conflictivos o polémicos. Es el “ímpetu implacable” y el “estilo contundente” de los que habla López-Ríos, “sin rodeos ni eufemismos ni medias tintas”. Con tales rasgos, los escritos de Américo Castro sobre educación y universidad se perciben claros y sugerentes, siempre sinceros y comprometidos,

capaces de aunar el rigor del razonamiento y la pasión de la crítica y la denuncia, y capaces también, por todo ello, de ofrecer una imagen convincente de los problemas abordados y de las soluciones propuestas. La autenticidad, la fuerza, la inteligencia de su autor les hace muy atractivos.

Muchos son los asuntos tratados por Américo Castro. Uno de ellos parece especialmente importante para entender la perspectiva educativa y universitaria que subyace en todos ellos: su relación con Francisco Giner de los Ríos, a quien frecuentó desde su llegada a Madrid en 1908, y con la Institución Libre de Enseñanza. Sin haber sido alumno de la Institución, Castro incorporó plenamente su ideario, y toda su perspectiva educativa y universitaria responde con fidelidad al reformismo educativo promovido por el círculo gineriano e institucionista. Le interesan así los sucesivos escalones de la educación, desde las enseñanzas primaria y secundaria hasta los estudios universitarios, y muestra su rechazo ante el cerril memorismo en que se basa la enseñanza –la enseñanza “pasiva, asimilativa, instructiva” que había denunciado ya Giner, apoyada en el procedimiento que él llamó “de estampación” y sus propios valedores denominaron “método machaca”–, la exclusiva utilización del libro de texto, ignorando cualquier otro tipo de lectura, la práctica de los exámenes, que “pueden ser corruptores y dañinos”, y el mantenimiento de la oposición como vía de selección de los profesores. Prolongando también la perspectiva iniciada por Giner y la Institución Libre de Enseñanza, clama contra una universidad que “casi no sirve más que para conferir títulos, muy costosos, y que no prueban competencia científica”. Las preciosas páginas sobre Alberto Jiménez Fraud y la Residencia de Estudiantes, escritas en el exilio, o el conmovedor artículo, que publicó en 1933, sobre la renovada Facultad de Filosofía y Letras de Madrid bajo el decanato de García Morente apuntan sus preferencias.

Es cierto que los escritos de Castro de temática educativa y universitaria traslucen también rasgos propios del entorno institucionista de su generación: Alberto Jiménez Fraud, que formó parte, con él y con García Morente, de aquel núcleo de jóvenes, muchos de ellos andaluces, que convivieron al llegar a Madrid en “la república” de la calle de Serrano, la define como un grupo “creyente y luchador”, crecido en “una sana atmósfera de esperanza”, y le atribuye en consecuencia mayor visión internacional y mayor inclinación a la acción que sus predecesoras. Castro no dejó nunca, por lo demás, de manifestar su personalidad y sus propios criterios, no siempre coincidentes con los de los demás. Es éste un aspecto sin duda muy digno de ser tenido en cuenta, debidamente comentado por López-Ríos, que se tradujo, por ejemplo, en la distinta actitud respecto de la participación directa en la política educativa y universitaria, o respecto del modo de seleccionar el profesorado de los centros de enseñanza dependientes de la Junta para Ampliación de Estudios, e incluso respecto de las formas de exponer las cuestiones tratadas. No fue frecuente en el ámbito de influencia institucionista definirse ideológicamente en términos tan nítidos –“siempre fuimos de izquierda, antiborbónicos y amigos del pueblo”, escribió en 1935–, ni publicar críticas de alcance político tan inmediato como las que realizó sobre aspectos centrales de la administración cultural en manos de “las derechas españolas”, durante el segundo bienio republicano.

Los textos reunidos en el libro constituyen en conjunto un magnífico exponente del pensamiento y de la acción reformistas basados en la mejora de la educación, desde un punto de vista tan personal y tan poco gregario como el de Américo Castro. Aúnan observaciones e indicaciones de orden teórico junto a experiencias vividas

por su autor y tienen en muchas ocasiones, como se ha dicho de otros trabajos suyos –lo recuerda el editor– un sugerente aire autobiográfico. El título, *Hacia la mejor España*, tomado por Santiago López-Ríos de un artículo que Castro publicó en el diario *Luz* en 1932, es plenamente certero.

Isabel Pérez-Villanueva Tovar
Universidad Nacional de Educación a Distancia
ipv@poli.uned.es